

CONDICIONES NERVIOSAS DE TSITSI DANGAREMBGA: UNA PROPUESTA DE EMANCIPACIÓN FEMENINA

Lourdes Gómez Zamora

En medio de un escenario dominado por el patriarcado, derivado directamente del capitalismo, el quehacer del feminismo se torna necesario; bajo el mismo tenor se encuentra la individualidad del ser humano occidental, quien se pondera como centro y punto de partida en lo social, cultural y artístico. No es gratuito que el Canon Occidental haya sido creado para fomentar la preferencia y valoración de lo que Harold Bloom reconocería como *dead white males* (hombres blancos y muertos), agregaríamos europeos, ya que las figuras que rescata como máximos representantes literarios son originarias del viejo continente. A pesar de luchar contra corriente, las mal llamadas minorías hacen un esfuerzo importante por reivindicar y reconstruir el canon literario. En este sentido, las escritoras mujeres han cobrado fuerza, por lo menos, desde mediados del siglo pasado.

Bajo este tenor, la novela *Condiciones nerviosas* (1988) de la escritora africana Tsitsi Dangarembga (1959, Zimbabwe) abarca gran parte de lo que hemos planteado. Por un lado, ella es una mujer negra y africana, identidades que habrían de condicionar su estancia en el ámbito literario, el cual, desde diferentes vertientes, no deja de tomar a la figura masculina como máxima creadora. Dangarembga cuenta, de forma indirecta, con el apoyo de uno de los escritores más reconocidos de África: Ngũgĩ wa Thiong'o, quien en su famoso ensayo *Descolonizar la mente* (1986) argumentaba que “ningún hombre ni ninguna mujer pueden elegir su nacionalidad biológica”; en este sentido, la escritora que ahora nos ocupa rompe con las dictaminaciones del canon y, siguiendo el planteamiento de su compatriota,

rebasa su condición biológica y emprende el camino hacia la escritura femenina hecha por mujeres a partir de las experiencias propias femeninas.

Condiciones nerviosas cuenta la historia de Tambudzai, una joven precoz cuya visión es superior a la del resto de los personajes. La narración es en primera persona donde es identificable un personaje-narrador femenino de carácter omnisciente. Esto podemos observarlo desde el comienzo:

No lamenté la muerte de mi hermano. Ni tampoco me estoy disculpando por mi insensibilidad –como pueden llamarle–, por mi falta de sentimientos. No se trata para nada de eso. En estos días siento muchas cosas, muchas más de las que era capaz de sentir cuando era niña y murió mi hermano, y hay más razones para esto que la simple consecuencia de la edad” (11).

Consideramos que desde el inicio se entablan un punto interesante y que ha de desarrollarse a lo largo de la diégesis. Nos referimos al desdén hacia su hermano, acontecimiento que deja clara la postura de Tambudzai ante la presencia masculina de su contexto. Esta constante podemos observarla en relación con su padre y con su tío, Babamukuru, quien dentro de la narración es presentado como la imagen por excelencia del patriarcado, o lo que Tambudzai define como “el buen africano”; este personaje es quien intenta sacar a la familia de la pobreza inmanente en la que viven; empero, también es un dictador a quien no se le objetan las decisiones, al menos en un principio; toda la familia de la protagonista se ve completamente agradecida con el tío rico, quien logró su ascenso al estudiar en Inglaterra; pero, esto no es gratuito ya que tal suceso representa “despojo disfrazado de progreso” (entrecomillado mío); bajo esta tesitura, se estudia para, en un futuro, tener dinero, una casa grande, bonita y principalmente procurar el ascenso económico de la familia. Veamos la siguiente cita:

Otra cosa que era diferente en la misión era que había mucha gente blanca. Los blancos de la misión eran de un tipo especial, especial en el sentido que me había explicado mi abuela, pues eran santos. No habían venido a quitar sino a dar. Estaban para atender los asuntos de Dios aquí en África negra. Habían renunciado a las comodidades y la seguridad de sus propios hogares para venir y alumbrar nuestra oscuridad. Era un enorme sacrificio el que hacían los misioneros. Era un sacrificio que nos hacía estarles agradecidos, un sacrificio que

los hacía superiores, no sólo a nosotros sino a todos los demás blancos que estaban aquí buscando aventuras y apoderarse de nuestras esmeraldas. La abnegación y el amor fraterno de los misioneros no se quedaba sin recompensa. Los tratábamos como deidades menores. Con la dignidad autocomplaciente que les venía naturalmente a los blancos en esos días, aceptaban este edificante disfraz (58).

La problemática revelada en la cita es una constante no solo dentro de la novela, sino en todo el escenario capitalista. De manera general, este se refiere a la producción de bienes y servicios, la mayor parte de forma independiente, que sirve como eslabón de las clasificaciones económicas de la sociedad; al pulular el consumo desmedido, este orden abre la brecha entre ricos y pobres, tornando al individuo en un contexto muy polarizado. Tal propuesta sirve para nuestro planteamiento, en el que el continente africano, de forma símil con los países latinoamericanos, es pobre y el sistema ha de rescatarlo. Así, tiene reconocimiento a todo individuo que así lo desee y, sobre todo, a quien lo logre.

La supremacía del hombre blanco la observamos con más irreverencia cuando Tambudzai, con ayuda del profesor de primaria, va la ciudad a vender sus elotes; recordemos que esta singular pareja es fuertemente señalada por Doris y George, una pareja de ancianos blancos que juzgan el trabajo infantil; pero, no es tan simple e inocente la crítica. Doris, en una primera instancia, crítica al hombre por orillar a la niña al trabajo; sin embargo, cuando el profesor le explica los motivos por los que Tambudzai vende su cosecha, la mujer cambia de perspectiva y le regala dinero para procurar la educación de la chiquilla. Si bien parece un gesto noble, lo consideramos la fehaciente y necesaria aprobación del hombre blanco para que los demás logren sus metas; además, el dinero siempre lo posiciona en un carácter imprescindible y que los mantiene en su cualidad de pobres.

En *Condiciones nerviosas*, Tambudzai reconocía esta forma de operar en su familia, en el inconsciente colectivo y con mayor fuerza en ella misma. No es gratuito, que la narradora nos cuente sobre la muerte de su hermano, ya que si tal acontecimiento, ella no habría podido estudiar. Esto no lo consideramos una coincidencia, sino una forma en la que la novela edifica lo que se ha denominado

Bildungsroman, un tipo de escritura que se refiere al crecimiento de carácter psicológico representado en todos o en uno solo de los personajes. En la novela que ahora nos ocupa, Tmabudzai es quien alcanza ese crecimiento mediante todos y cada uno de los sucesos de la historia. Mediante este crecimiento, el personaje deja claro que se necesita más que ser un hombre, biológicamente hablando, para alcanzar las metas; que su identidad femenina la condena a las labores domésticas y matrimoniales; pero, ella es un ejemplo de lo que los feminismos africanos han denominado “emancipación colectiva”. Esta, en palabras de Natalia Flores, concierne la historia femenina contada a partir de la historia de las demás mujeres, como también ya hemos señalado.

Tomando en consideración tal argumento, *Condiciones nerviosas* se pondera en una triple emancipación. Por un lado, la historia de Tambudzai deja ver la personalidad de las otras mujeres partícipes en la diégesis. Sin embargo, sobresalen, al menos dos escenas en las que dicha aportación cobra relevancia.

La primera de ella es cuando Nyasha, hija de Babamukuru, se enfrenta a su padre después de haber llegado tarde a casa un par de minutos. Ella no había hecho nada de lo que su padre la acusaba, quien incluso la golpeó y la llamó puta. Ante tal acto, su madre Maiguru, se aleja por un tiempo de la familia, poniendo en entredicho la autoridad de Babamukuru. Es importante la complicidad y acercamiento que hay en la defensa de Nyasha y la partida de su madre, así como el apoyo psicológico que Tambudzai da a Nyasha. Los tres personajes femeninos reflejan ese apoyo colectivo necesario en las condiciones femeninas más precarias.

Otro de los momentos en los que podemos observar la colectividad es cuando Tambudzai comienza con su menstruación. En medio de un monólogo interior, herramienta literaria de suma importancia para el desarrollo de la novela dangarembguiana, damos cuenta que el personaje principal empleaba un tipo de tela como absorbentes; sin embargo, es Nyasha quien le obsequia un tampón que habría de facilitarle la travesía mensual de la regla. Consecuentemente, Maiguru, aunque no tan convencida del uso de los tampones, aprueba la decisión de Tambudzai y le obsequia un paquete completo. Esto puede rayar la banalidad, pero

en una sociedad que reprueba la salud reproductiva de las mujeres y trata de mantener en secreto temas como este, resulta imprescindible mencionarlo dentro de la novela. El desprecio por la mujer, en cuanto a su salud reproductiva, podemos leerlo cuando la narradora nos cuenta que Nhamo, hermano muerto de Tambudzai, no gusta de viajar en camión, ya que las mujeres despedían “olores insalubres reproductivos” (11). El repruebo por algo natural es, principalmente, rechazado por los hombres.

Un tercer momento de la colectividad es la totalidad de la novela, en la que la personalidad de Tambudzai se forja por su condición de mujer, negra y pobre; pero, se reconstruye a partir de las historias de complicidad femenina, así como del rechazo constante de su hermano y de su padre. Así, el *Bildungsroman* resulta circular porque el personaje muestra un evidente ascenso en la percepción de los otros, de la realidad y de su papel en función de la sociedad rhodesiana.

Consideramos que Tsitsi Dangarembga da un ejemplo esclarecedor de la emancipación colectiva como aliciente contra el sistema patriarcal. Su planteamiento es muy adecuado y de tratamiento efectivo en la novela, pues los personajes femeninos evidenciaron una independencia y crecimiento psicológico, que además de fortalecer su carácter evitaba los condicionamientos masculinos. El orden sistémico de prevalencia masculina se vio afectado, por tanto, la propuesta en la novela disrumpe y reconfigura la figura femenina, reivindicándola dentro del ambiente literario africano.

BIBLIOGRAFÍA

Dangarembga, Tsitsi. *Condiciones Nerviosas* (2017), Trad. Nair María Anaya Ferreira, Universidad Veracruzana, México.

Thiong'o, Ngũgĩ wa. *Descolonizar la mente*, Trad. Marta Sofía López, Penguin Random House Grupo Editorial España. Edición de Kindle.